

Los Angeles, Downtown, calle 1 Oeste, agosto de 2005

REWIND. Volver a poner la cinta a cero. Empezar de nuevo con toda la historia. Repasar la última sesión de Marilyn. Las cosas siempre empiezan por el final. Me encantan las películas que se abren con una voz en *off*. En la imagen no hay casi nada: una piscina en la que flota un cuerpo, la copa de las palmeras agitadas por un temblor, una mujer desnuda bajo una sábana azul, destellos de cristal en la penumbra. Y alguien que habla. Consigo mismo. Para no sentirse solo. Un hombre que huye, un detective privado, un médico —o un psicoanalista, ¿por qué no?— que cuenta su vida desde el otro mundo. Hablando de lo que le ha llevado a la muerte, evoca aquello por lo que ha vivido. Su voz parece decir: «Escúchame porque yo soy tú». Es la voz la que crea la historia, no lo que se nos cuenta.

Voy a intentar explicar esta historia. Nuestra historia. Mi historia. Sería de lo más triste aunque pudiéramos suprimir el final. Una mujer, ya un poco muerta, arrastra de la manita a una niña triste. La lleva a ver al médico de la cabeza, al médico de las palabras. Él la toma y la deja. Con amor y dedicación, la escucha, durante dos años y medio. No oye nada y la pierde. Sería una historia triste y siniestra a la que nadie le arrancaría la melancolía: ni siquiera esa sonrisa con la que Marilyn parece disculparse por ser tan guapa.

Bajo el título REWIND, subrayado tres veces, podía leerse este breve fragmento de un relato inacabado. Escritas a mano en fecha desconocida, estas líneas fueron encontradas entre los papeles del difunto doctor Ralph Green-

son, último psicoanalista de Marilyn Monroe. Fue su voz la que escuchó el agente de policía Jack Clemmons, de guardia en la comisaría de West Los Angeles durante la noche del 4 al 5 de agosto de 1962, cuando una llamada procedente del barrio de Brentwood sonó a las cuatro y veinticinco de la mañana. «Marilyn Monroe ha muerto de una sobredosis», declaró una apagada voz masculina. Y cuando el policía, pasmado, preguntó: «¿Qué?», la misma voz, forzada y casi enfática, repitió: «Marilyn Monroe ha muerto. Se ha suicidado».

REWIND. En agosto, la ciudad suda un poco más que en primavera. La polución tiende un velo rosado y las calles adoptan en pleno día un aire vaporoso que recuerda la tonalidad sepia de las películas antiguas. Los Angeles es aún más irreal en 2005 que hace cuarenta años. Más metálica. Más desnuda. Más inútil. El efluvio denso y opresivo del *Downtown* fatiga la vista. En la redacción del *Los Angeles Times*, en el 202 de la calle 1 Oeste, John Miner entra en el despacho del periodista Forger W. Backwright. Alto y encorvado, mira constantemente a su alrededor como si estuviera perdido. Es un viejo (tiene ochenta y seis años) que ha venido a explicar una vieja historia.

Como adjunto al jefe del departamento de medicina legal del fiscal del distrito, estaba presente cuando tuvo lugar la autopsia que realizó del cuerpo de Marilyn Monroe el doctor Thomas Noguchi. Ese día, asistió a la extracción de mucosas bucales, vaginales y anales. Seis años después, ese mismo forense realizaría la autopsia de Robert Kennedy, muerto también en Los Angeles y del que se había sospechado que podía haber sido uno de los organizadores del asesinato de Marilyn. La principal conclusión fue la enigmática presencia en la sangre de la actriz de un 4,5% de cierto barbitúrico, el Nembutal, del que no se encontró el menor rastro de inyección o de ingesta oral. El informe acababa con una frase a la que Mi-

ner no había dejado de darle vueltas durante todos esos años: *probable suicidio*. Ésos eran los términos del atestado proceso verbal de investigación. Los primeros apuntes hablaban de *suicidio*, a secas, o de *posible suicidio*. Más bien probable, en efecto, si nos ateníamos al aspecto psicológico de las cosas, pensaba Miner desde ese día. Y eso no excluía que la estrella hubiera tardado treinta y seis años en llevarlo a cabo, ni que se hubiera servido de la ayuda de una mano criminal. Buscaba otras expresiones para definir lo que había ocurrido: *a foul play*, un juego sucio; o, como había dicho el doctor Litman, miembro del «equipo de prevención de suicidios», *a gamble with death*, una jugada mortal.

REWIND. A John Miner, que llevaba mucho tiempo jubilado, le hubiera gustado poder apretar la tecla de un magnetófono en el que hubiera alguna de las cintas que Marilyn había grabado para su psicoanalista a finales de julio o comienzos de agosto de 1962. Sobre esas cintas Ralph Greenson había pegado una etiqueta: MARILYN ÚLTIMAS SESIONES. Miner las había escuchado y transcrito cuarenta y tres años antes, pero nunca se las había quedado ni las había vuelto a oír. Habían desaparecido en vida del analista. O después de su muerte, ¿quién sabe? No quedaba de ellas más que lo que Miner había resumido con su minuciosa letra de leguleyo.

Mientras saludaba al periodista, el viejo sostenía en una mano temblorosa un fajo de papeles amarillentos y arrugados. Backwright le rogó que tomara asiento y le alcanzó un vaso de agua helada.

—¿Qué es lo que le lleva a dirigirse a la prensa después de tantos años?

—Ralph Greenson era un buen hombre. Le conocí bien antes de la muerte de su paciente. Cuando yo estudiaba medicina, antes de consagrarme al derecho penal, asistí a sus clases de psiquiatría en la UCLA (University of

California, Los Angeles). Le respetaba y sigo haciéndolo. Me fascinaba. Dos días después de la muerte de Marilyn Monroe, me pidió que le interrogara porque quería corregir sus primeras declaraciones a la policía. Le preocupaba mucho aparecer en los periódicos como «el extraño psiquiatra» o «el último hombre que vio viva a Marilyn Monroe y el primero que la vio muerta». Insistía en hacerme escuchar dos cintas magnéticas que ella le había enviado el último día, el sábado 4 de agosto de 1962. Me las dejó para que las transcribiera, con la condición de no divulgar su contenido ni al fiscal del distrito ni al forense. Después de la autopsia, yo almacenaba demasiadas preguntas sin respuesta como para rechazar ese testimonio, por difícil que se me antojara mantenerlo en secreto.

—¿Cómo quedó con él? ¿Cuándo?

—Pasé unas horas con el psiquiatra el miércoles 8 de agosto, día del funeral de la actriz, de donde él acababa de venir.

—¿Nunca ha hablado de esa entrevista?

—Recuerdo su declaración cuando se convirtió en el centro de los rumores —dijo Miner con voz temblorosa—. «No puedo explicarme o defenderme sin evocar asuntos que no quiero revelar. Me resulta de lo más molesto decir que no puedo hablar, pero me es totalmente imposible explicar toda la historia.» Yo no revelé el contenido de esas cintas por respeto a ese secreto. Pero cuando algunos biógrafos empezaron a acusarle de conducta violenta o, incluso, de asesinato, me decidí a hablar. Primero con un periodista inglés, Matthew Smith, que ha escrito un libro. Pero contuve mis deseos de contar toda la verdad. Quise obtener el permiso de la viuda, Hildi Greenson, antes de retomar mis notas de antaño y traérselas a usted.

Forger Backwright le recordó que Hildegarde Greenson le había asegurado a *Los Angeles Times* que nunca había oído hablar a su marido de esas cintas, cuya exis-

tencia ella ignoraba. Miner repuso que Greenson mantenía una estricta deontología en cuanto hacía referencia a lo que sus pacientes declaraban bajo secreto médico.

—Fue por Greenson por lo que mantuve el secreto. Si hoy lo rompo es porque lleva muerto más de veinticinco años y porque le prometí a su viuda que no dejaría sin respuesta a gente como James Hall, Robert Slatzer, Don Wolfe o Marvin Bergman, todos esos que han cuestionado al último analista de Marilyn Monroe. Los hay que, como Donald Spoto, llegaron a hablar de «negligencia criminal». Es para responder a esas acusaciones que ensucian la memoria de un hombre al que apreciaba por lo que he decidido hacer público el contenido de esas cintas.

REWIND. En la humedad agobiante del verano californiano, durante otro mes de agosto, ante otro magnetófono. Miner, con una voz que une la duda a la vehemencia, le explicó al periodista su visita al doctor Greenson en el verano de 1962. En su consulta de la planta baja de su mansión frente al Pacífico, había visto a un hombre atormentado y mal afeitado que se expresaba libremente, como si estuviera ante un interlocutor de confianza. El psicoanalista le rogó que tomara asiento y, sin más dilación, le hizo escuchar una casete de cuarenta minutos. Marilyn hablaba. Su voz en la cinta. Nada más. Ni rastro de alguien que la estuviera escuchando ni de diálogo. Ella y sólo ella. Su voz como al borde de las palabras, sin fragilidad, solamente con discreción; dejando que se las apañaran solas para ser oídas, o no. Esa voz del más allá que te penetraba con la presencia incalculable de las voces oídas en sueños.

No se trataba de una sesión de terapia, precisó Miner, ya que el psiquiatra no grababa a sus pacientes. Era Marilyn la que había comprado un magnetófono unas semanas antes para transmitirle a su analista una palabra libre captada por la máquina fuera de las sesiones.

Ese día, Miner había tomado notas textuales muy detalladas. Y había salido del despacho de Greenson convencido de que era altamente improbable que Marilyn se hubiera suicidado.

—Entre otras cosas —dijo—, era evidente que tenía proyectos de futuro, así como la esperanza de que las cosas se arreglaran a corto plazo.

—¿Y el doctor Greenson? —preguntó Backwright—. ¿Se inclinaba por la tesis del suicidio o por la del asesinato?

—Ése es un aspecto sobre el que no puedo pronunciarme. Todo lo que puedo decir es que, en el informe que tuve que hacerle a mi superior a continuación, yo afirmaba que el psiquiatra no creía que su paciente se hubiese matado. Lo que escribí fue, más o menos, pues hablo de memoria: «Siguiendo sus indicaciones, he estado hablando con el doctor Greenson del fallecimiento de una antigua paciente suya, Marilyn Monroe. Tratamos esa cuestión durante varias horas y, como conclusión de lo que el doctor Greenson me confió y de lo que revelan las grabaciones que me hizo escuchar, creo poder afirmar que no se trató de un suicidio». Envié esa nota, pero no provocó la menor reacción. Diez días después, el 17 de agosto, el caso fue archivado. Y mi nota desapareció sin que a día de hoy haya sido encontrada.

REWIND. Tras un segundo vaso de agua helada, Miner retomó su relato:

—Me queda una pregunta a la que el doctor Greenson no respondió de manera precisa ese día: ¿por qué había hablado de suicidio al principio si estaba convencido de que no se trataba de eso? La respuesta es sencilla, pero me ha costado años dar con ella: porque había hablado de suicidio *por teléfono*, desde el apartamento de la muerta, y sabía que todas las habitaciones estaban plagadas de micrófonos.

—Seguro que Greenson no fue ni un asesino ni un cómplice —siguió Backwright—, pero ¿es posible que contribuyera a disfrazar un crimen de suicidio por motivos que ignoramos?

Miner no dijo nada.

—Si Marilyn no se suicidó, ¿quién la mató? —insistió el periodista.

—No es ésa la pregunta que yo me hago. No me pregunto *quién*. Lo que me pregunto es: ¿*qué* mató a Marilyn? ¿El cine, la enfermedad mental, el psicoanálisis, el dinero, la política?

Miner se despidió del periodista. Mientras lo hacía, dejó sobre su escritorio dos sobres acolchados, ya amarillentos.

—No puedo dejarle pruebas de nada. Sus palabras, yo las escuché. Su voz, ¿cómo se lo diría?, la he perdido. Toda huella es un borrador o una mentira que cubre otra huella. Pero hay algo que sí puedo dejarle, aunque tampoco pruebe nada. Unas imágenes.

Backwright esperó a estar solo ante su ordenador para abrir los sobres. Esa misma noche debía escribir un artículo en el que precisara las condiciones en que le había llegado el texto de las cintas publicado en la edición del día siguiente. El primer sobre contenía una única foto, tomada en un depósito de cadáveres. Sobre una mesa, blanco sobre blanco, una mujer desnuda, marcada, rubia. El rostro es irreconocible. El segundo albergaba seis imágenes tomadas unos días antes en el Cal-Neva Lodge, un hotel de lujo en la frontera entre California y Nevada. Marilyn, a cuatro patas, poseída por un hombre que ríe contemplando la cámara y tira de la masa de cabello que oculta el lado izquierdo del rostro.

REWIND. Miner, encorvado, descendía por las escaleras de *Los Angeles Times* y, al no encontrar la salida, se perdió durante unos instantes en un sótano que olía a tin-

ta vieja. Hoy día, cuarenta y tres años después de la muerte de Marilyn, veintitrés años después de que el fiscal del distrito del condado de Los Angeles —pese a un nuevo examen de hechos y archivos— hubiera confirmado la versión del informe de la investigación de la época, Miner se resistía a dejar el recuerdo de la actriz en manos de los fans del mundo entero que se reunían a diario ante la placa y la cripta del Westwood Village Memorial Park. Nunca había creído que Marilyn se hubiera eliminado a sí misma, pero tampoco había dicho nunca lo contrario. Tras tanta amargura y tanta frustración, ahora que los años habían pasado, no quería morir sin reparar algo. Ese algo era la imagen que las cintas le habían revelado. La imagen de una mujer llena de vida, de humor y de deseos, de alguien que podía ser cualquier cosa menos una depresiva o una suicida. Miner sabía por experiencia, eso sí, que a menudo personas que parecían llenas de energía y de esperanza eran capaces, en un momento dado, de quitarse de en medio con decisión y eficacia. Se puede pretender dejar de vivir sin desear la muerte. A veces, querer morir sólo es intentar acabar con el dolor de vivir, más que con la vida en sí misma. Pero no quería creer en esta contradicción en el caso de Marilyn. Algo en esas cintas le decía que ella sólo había podido ser asesinada.

Aunque no era eso lo que más le afectaba. Las diversas hipótesis del crimen le habían convencido de que nunca se sabría con exactitud quiénes eran los autores y a qué móviles obedecieron a la hora de llevar a cabo lo que Miner consideraba desde hacía mucho tiempo una ejecución. Lo que le llevaba a hablar, y a dejar hablar a las grabaciones, era el papel de Greenson la noche del crimen. Asaeteado por preguntas que no osaba formularse, Miner seguía hechizado por el silencio del psicoanalista, por su rostro aterrorizado y su mirada desviada hacia la cristalera y la piscina de su casa de Santa Monica aquella tarde de un púrpura fluorescente, cuando le hizo esta pregunta:

—Me disculparé, pero... ¿qué era ella para usted? ¿Una simple paciente? Y usted ¿qué era para ella?

—Se había convertido en mi hija, en mi pena, en mi hermana, en mi locura —había respondido Greenson en un susurro, como si se tratara de una cita que le acababa de venir a la cabeza.

REWIND. Miner no había ido a ver a Forger Backwright para entregarle la clave de un complot y darle la respuesta a esa pregunta que atormenta al agente del FBI Dale Cooper en la serie de David Lynch *Twin Peaks*: «¿Quién mató a Marilyn Monroe?». Había ido para acallar otra pregunta: «¿Qué había ocurrido durante esos treinta meses en los que Greenson y Marilyn habían quedado atrapados en la locura pasional de un psicoanálisis que se les había ido de las manos?».